

El movimiento obrero en Norteamérica
Federico Engels
26 de enero de 1887

(Tomado de Karl Marx – Friedrich Engels, *OME-6*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978, páginas 579-587; también para las notas. Publicado en *Der Sozialdemokrat*, números 24 y 25 de 10 y 17 de junio de 1887 y como prólogo a la edición norteamericana de 1887 de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. – [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – EIS.](#))

Han transcurrido diez meses desde que, por pedido de la traductora, escribí el “Apéndice” a este libro¹. Durante estos diez meses se ha operado en la sociedad norteamericana una revolución que en cualquier otro país hubiese necesitado por lo menos diez años. En febrero de 1885, la opinión pública de Norteamérica era unánime en el punto siguiente: que en Norteamérica no existía en absoluto una clase obrera, en el sentido europeo del término; que, en consecuencia, era imposible una lucha de clases entre obreros y capitalistas, tal como la que desgarró a la sociedad europea, en la república norteamericana; y que por ende el socialismo era un engendro importado desde el exterior, incapaz de echar raíces en territorio norteamericano. Y, sin embargo, precisamente en ese momento la lucha de clases que se iniciaba proyectaba ante sí su sombra gigantesca en las huelgas de los mineros del carbón en Pennsylvania y de muchos otros gremios, y muy especialmente en los preparativos (en todas las regiones del país) para el gran movimiento en pro de las ocho horas, fijado para el mes de mayo y que se produjo realmente en esa fecha. Mi “Apéndice” demuestra que ya entonces reconocía yo correctamente estos síntomas, que preveía un movimiento de la clase obrera en escala nacional. Pero lo que nadie podía prever era que el movimiento estallaría en tan breve lapso con una fuerza tan irresistible, que se esparciría en torno con la rapidez de un incendio de praderas, y que ya ahora mismo conmovería a la sociedad norteamericana hasta sus cimientos.

El hecho está allí, inexpugnable, indiscutible. El terror que sembró entre las clases dominantes de Norteamérica se me reveló, de manera regocijante, por intermedio de periodistas norteamericanos que me honraron con su visita durante el verano pasado; el nuevo movimiento los había sumido en un estado de temor impotente y lastimero. Y sin embargo, el movimiento apenas estaba entonces en su origen, sólo consistía en una serie de espasmos confusos, aparentemente incoherentes, de la clase que, en virtud de la abolición de la esclavitud negra y a causa del rápido desarrollo industrial, se había convertido en el estrato inferior de la sociedad norteamericana. Pero ya antes de concluir el año se reveló que esos extraños ataques espasmódicos sociales transcurrían cada vez más en una dirección determinada. Los movimientos espontáneos e instintivos de estas ingentes masas obreras, su difusión a través de un inmenso territorio, el estallido simultáneo y por doquier de su descontento común con una situación social miserable, en todas partes idéntica y debida a las mismas causas, todo ello llevó a la conciencia de esas masas el hecho de que constituían una nueva clase aparte en la sociedad norteamericana, una clase de trabajadores asalariados, de proletarios que, en los hechos, eran de carácter más o menos hereditario. Y con un instinto genuinamente norteamericano, esta

¹ Ver “Apéndice a la primera edición norteamericana” en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* – [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels en español- EIS](#), página 213 y siguientes del formato pdf.

conciencia los llevó a dar de inmediato el paso siguiente para su liberación: la formación de un partido político obrero, con un programa propio y con la conquista del Capitolio y de la Casa Blanca como objetivo. En mayo, las luchas por la jornada laboral de ocho horas, los disturbios en Chicago, Milwaukee, etc., el intento de las clases dominantes de reprimir el movimiento obrero en germinación mediante la cruda violencia y una brutal justicia de clase; en noviembre, el joven partido obrero ya estaba organizado en todos los grandes centros, las elecciones en Nueva York, Chicago y Milwaukee. Hasta ahora, mayo y noviembre sólo recordaban a los burgueses norteamericanos los plazos de vencimiento de los cupones de la deuda pública norteamericana; a partir de ahora, mayo y noviembre también les recordarán los días de vencimiento en los que el proletariado norteamericano presentó al pago, por vez primera, *sus propios* cupones.

En los países europeos, la clase obrera necesitó años y más años hasta comprender por completo que constituye una clase aparte y, en las circunstancias imperantes, permanente, de la sociedad moderna. Y nuevamente requirió años hasta que esa conciencia de clase la llevara a agruparse en un partido político aparte, un partido que enfrentase en forma independiente y hostil a todos los antiguos partidos formados por los diferentes grupos de las clases dominantes. En el suelo de Norteamérica, más favorecido, donde no hay ruinas feudales que obstruyan el camino, donde la historia se inicia con los elementos de la sociedad burguesa moderna ya elaborados en el siglo XVII, la clase obrera ha recorrido esas dos etapas de su evolución en apenas diez meses.

Sin embargo, todo esto no es más que el comienzo. El que las masas laboriosas sientan el carácter común de sus quejas e intereses, su solidaridad en cuanto clase frente a todas las demás clases; el que, a fin de expresar ese sentimiento y tornarlo eficaz, pongan en movimiento la maquinaria política que se halla dispuesta para dar ese paso en todos los países libres, todo ello es apenas el primer paso. El paso siguiente consiste en encontrar el remedio común para esas dolencias comunes, y expresarlo en el programa del nuevo partido obrero. Y este paso (el más importante y difícil de todo el movimiento) aún está por darse en Norteamérica. Un partido nuevo debe poseer un programa positivo determinado, un programa cuyos pormenores puedan cambiar con las circunstancias y con el desarrollo del propio partido, pero después de todo un programa acerca del cual el partido esté acorde en cualquier momento dado. Mientras ese programa no esté elaborado aún, el partido tampoco podrá existir más que en embrión; podrá tener existencia local, pero no nacional; podrá ser un partido por definición, pero no en la realidad.

Pero cualquiera que sea la forma originaria de este programa, tendrá que desarrollarse constantemente avanzando en una dirección que pueda establecerse de antemano. Las causas que han producido una grieta de profundidad abismal entre la clase obrera y la clase capitalista son las mismas en Norteamérica que en Europa; asimismo, los medios para cerrar esa grieta son los mismos por doquier. Y por ello el programa del proletariado norteamericano, cuanto más se desarrolle el movimiento, tanto más deberá coincidir con el programa que, luego de sesenta años de discordia y de debates, se ha convertido en el programa generalmente aceptado del proletariado combativo europeo. Al igual que éste, proclamará como objetivo final la conquista del poder político por parte de la clase obrera como medio para la apropiación directa de todos los medios de producción (suelo, ferrocarriles, minas, máquinas, etc.) por parte de la sociedad, y para la utilización colectiva de estos medios de producción por y para la comunidad.

De hecho, el nuevo partido norteamericano, al igual que todos y cada uno de los partidos políticos, en virtud del mero hecho de su formación, aspira a la conquista del poder político. Pero dista mucho de estar de acuerdo consigo mismo acerca de para qué ha de utilizarse ese poder político. En Nueva York y en las otras grandes urbes del este, la clase obrera se ha organizado en sindicatos, formando en cada ciudad una poderosa

Central Labor Union. En especial en Nueva York, el pasado mes de noviembre la *Central Labor Union* escogió a Henry George como abanderado; en consecuencia, su programa electoral estaba fuertemente imbuido, a la sazón, de los puntos de vista de Henry George. En las grandes ciudades del noroeste², la batalla electoral se libró sobre la base de un programa obrero bastante indefinido, en el cual la influencia de las ideas de George apenas si resultaba perceptible, si es que existía en absoluto. Y mientras que en estos grandes centros de población y de la industria el movimiento adquiría una forma decididamente política, hallamos junto a él, diseminadas a través de todo el país, dos organizaciones obreras ampliamente difundidas: los Caballeros del Trabajo y el Partido Socialista Obrero, de las cuales sólo la última posee un programa coincidente con el punto de vista europeo moderno, arriba esbozado.

De estas tres formas más o menos definidas en las que se nos presenta el movimiento obrero norteamericano, la primera (el movimiento dirigido por Henry George en Nueva York) sólo reviste, principalmente y por el momento, significación local. Sin duda, Nueva York es, con mucho, la ciudad más importante del país; pero Nueva York no es París, y los Estados Unidos no son Francia. Y se me ocurre que el programa de Henry George, en su forma actual, es demasiado estrecho como para constituir el fundamento de algo más que un movimiento local o, en el mejor de los casos, de algo más que una efímera fase de transición del movimiento general. Para Henry George, la expropiación de la masa del pueblo con respecto a la propiedad de la tierra es la gran causa general de la escisión del pueblo en ricos y pobres. Pero esto no es totalmente correcto, desde el punto de vista histórico. En la antigüedad asiática y clásica, la forma predominante de la opresión de clases era la esclavitud, es decir no tanto la expropiación de las masas con respecto al suelo, sino antes bien la apropiación de sus personas por parte de terceros. Cuando al decaer la república romana los campesinos libres itálicos fueron expropiados de sus solares nativos, se transformaron en una clase de “blancos andrajosos” (“*poor wites*”, “*white trash*”), tal como la que existía en los estados sureños, esclavistas de la Unión antes de 1861; y entre esclavos y libres harapientos (dos clases igualmente incapaces de liberarse a sí mismas) sucumbió el mundo antiguo. En la Edad Media no fue en modo alguno la expropiación de las masas populares de la tierra, sino más bien su apropiación a la tierra, lo que constituyó el fundamento de la opresión feudal. El campesino *conservaba* su solar natal, pero quedaba encadenado a él como siervo o vasallo, y debía rendir tributo al señor feudal en trabajo o en productos. Sólo al iniciarse la Época Moderna, hacia fines del siglo XV, se llevó a cabo la expropiación de los campesinos en gran escala, y esta vez en condiciones históricas que condujeron paulatinamente a los campesinos, perdidosos de sus posesiones, a la moderna clase de los asalariados, gente que nada posee salvo su fuerza de trabajo y que sólo puede vivir de la venta de esa fuerza de trabajo a terceros. Pero si la expropiación del suelo dio nacimiento a esta clase, hacía falta el desarrollo del modo de producción capitalista, la gran industria moderna y la agricultura moderna en gran escala para perpetuarla, incrementarla y convertirla en una clase particular con intereses particulares y una misión histórica particular. Todo esto ha sido expuesto en detalle por Marx (*Kapital*, t. I, sección VII, cap. XXIV): “La llamada acumulación originaria”. Según Marx, la causa del actual antagonismo de clases y de la actual degradación de la clase obrera reside en su expropiación de *todos* los medios de producción, dentro de los cuales se incluye, como es natural, el suelo.

² Noroeste era todavía, por los años en que Engels escribe estas líneas, la denominación extraoficial de la región ubicada alrededor de los Grandes Lagos y entre el Mississippi y el Ohio, pese a que en ese entonces la misma ya no estaba al noroeste de los Estados Unidos.

Una vez que Henry George ha convertido la monopolización del suelo en única causa de la pobreza y de la miseria, es comprensible que encuentre el remedio en que la sociedad como tal reasuma la posesión del suelo. Los socialistas de la escuela de Marx exigen asimismo que la sociedad reasuma la posesión del suelo, y no sólo la del suelo sino asimismo la de todos los demás medios de producción. Pero incluso si hacemos abstracción de ello, nos queda aún otra diferencia. ¿Qué ha de hacerse con el suelo? Los socialistas actuales, en la medida en que los representa Marx, reclaman que se lo posea en común y se lo trabaje colectivamente y por cuenta de la colectividad, y que otro tanto ocurra con todos los restantes medios sociales de producción: minas, ferrocarriles, fábricas, etcétera. En cambio, Henry George se da por satisfecho con que el suelo se arriende en forma parcelaria a individuos, exactamente de la misma manera en que se lo hace hoy en día, con tal de que se reglamente el arrendamiento y que la renta del suelo fluya hacia las arcas públicas, en lugar de ir a dar, como actualmente, a bolsillos privados. La exigencia de los socialistas implica un trastocamiento total de todo el sistema actual de la producción social. En cambio, la exigencia de Henry George deja intacto el modo social de producción actual, y de hecho también ha sido propugnada, años atrás, por la corriente más extrema de los economistas burgueses ricardianos. También ellos exigían la confiscación de la renta de la tierra por parte del estado.

Naturalmente que sería injusto suponer que Henry George ya haya pronunciado, de una vez y por todas, su última palabra. Pero ocurre que debo tomar su teoría tal como la encuentro.

La segunda gran división del movimiento norteamericano la constituyen los Caballeros del Trabajo. Y en ello parece reflejarse con la mayor fidelidad el presente estadio de desarrollo del movimiento, del mismo modo que también constituyen, sin duda alguna y con mucho, la más numerosa de las tres divisiones. Se trata de una asociación gigantesca, extendida a través de comarcas inconmensurables y en incontables “*assemblies*”, en las cuales se hallan representados todos los matices de las opiniones individuales y locales de la clase obrera; todas están unidas bajo el techo de un programa de indefinición correspondiente, y cohesionadas mucho menos por su concepción impracticable que por el sentimiento instintivo de que el mero hecho de agruparse en pro de sus objetivos comunes los eleva al rango de gran potencia en el país; un enigma contradictorio auténticamente norteamericano, que viste los anhelos más modernos con un disfraz medieval, y que oculta el espíritu más democrático, y hasta más rebelde, tras un despotismo aparente, pero en realidad impotente; tal es el aspecto que ofrecen los Caballeros del Trabajo a un observador europeo. Pero si no dejamos que nos detengan extravagancias meramente exteriores, no podremos evitar ver en esta colosal acumulación de obreros una masa descomunal de energía potencial y adormecida, que se halla a punto de transformarse lenta pero seguramente en fuerza viva. Los Caballeros del Trabajo son la primera organización nacional creada por la clase obrera norteamericana en su conjunto. No importa cuáles hayan sido su origen y su historia, cuáles sean sus defectos y pequeñas extravagancias, su programa y su constitución: aquí son efectivamente la obra de toda la clase norteamericana de los asalariados, el único vínculo nacional que mantiene su cohesión, que les hace sentir su fuerza no menos que a sus enemigos, que los colma de la orgullosa esperanza de triunfos, futuros. Y de ninguna manera sería acertado decir que los Caballeros del Trabajo son incapaces de evolucionar. Se hallan permanentemente en pleno proceso de desarrollo y revolución, son una masa de materia flexible, que se agita y fermenta, empeñada en hallar la forma y la imagen apropiadas a su naturaleza. Y encontrará esa forma, tan cierto como que el desarrollo histórico, al igual que la naturaleza, tiene sus propias leyes intrínsecas. Si entonces los Caballeros del Trabajo han de conservar su denominación actual o no, es cosa indiferente. Pero el observador lejano

difícilmente pueda evitar ver en ellos la materia prima a partir de la cual deberá elaborarse el futuro del movimiento obrero norteamericano, y por ende el futuro de la sociedad norteamericana en general.

La tercera división la constituye el *Partido Obrero Socialista*. Sólo es un partido en cuanto al nombre, pues en ninguna parte de Norteamérica ha podido realmente, hasta el presente, obrar como partido político. Hasta cierto punto es un elemento extranjero en los Estados Unidos; hasta hace muy poco constaba casi exclusivamente de inmigrantes alemanes, quienes se sirvieron de su propia lengua y están poco familiarizados con el idioma nacional inglés. Pero en virtud de la circunstancia de proceder de raíces ajenas, también llegó armada de la experiencia conquistada en largos años de lucha de clases en Europa, y con una comprensión de las condiciones generales de la emancipación de la clase obrera como hasta ahora sólo puede hallársela por excepción entre los obreros norteamericanos. Esto es una, suerte para el proletariado norteamericano, que de este modo se halla en condiciones de apropiarse de las conquistas intelectuales y morales de los cuarenta años de lucha de sus compañeros europeos de clase, y de aprovecharlas, acelerando así su propia victoria. Pues, como ya hemos dicho, no pueden caber dudas al respecto: el programa definitivo del proletariado norteamericano debe ser y será, en lo esencial, el mismo que el actualmente adoptado por todo el proletariado combativo de Europa, el mismo que el del Partido Obrero Socialista germano-norteamericano. De este modo, y en tal medida, este partido está llamado a cumplir una parte de suma importancia en el movimiento. Pero para cumplir esa vocación también tendrá que despojarse de su ropaje extranjero hasta sus últimos restos. Debe volverse total y absolutamente norteamericano. No puede exigir que los norteamericanos vengan a él; ellos, la minoría inmigrada, debe ir hacia la ingente mayoría de los norteamericanos nativos. Y para ello debe aprender, antes que nada, el inglés.

El proceso de fusión de estos diferentes elementos de la tremenda masa que se agita (elementos que, en realidad, no son antagónicos, aunque sí recíprocamente enajenados en virtud de sus diferentes puntos de partida), este proceso requerirá algún tiempo y no transcurrirá sin múltiples fricciones, tales como las que ya se revelan en diversos puntos. Así, por ejemplo, en las ciudades del este los Caballeros del Trabajo se hallan, en algunos casos, en lucha local contra los sindicatos organizados. Pero precisamente esta clase de fricciones existen también dentro de los propios Caballeros del Trabajo, en cuyo seno no imperan, en modo alguno, la paz y la armonía. Pero éstos no son, de ninguna manera, síntomas de desintegración que darían a los capitalistas el derecho a regocijarse. Por el contrario, son sólo pruebas de que las incontables multitudes de trabajadores, que ahora finalmente se ponen en movimiento en una misma dirección general, no han hallado aún, hasta ahora, la expresión apropiada para sus intereses comunes, ni la forma de organización más adecuada. Hasta ahora sólo constituyen las primeras levadas en masa de la gran guerra revolucionaria, reunidas y armadas en grupos locales individuales, aún independientes, todas ellas destinadas a constituir un gran ejército, pero aún sin una organización regular ni un plan común de campaña. Aún se entrecruzan, aquí y allá, las columnas que marchan hacia un punto de reunión; se perciben confusión, disputas y reyertas, y hasta la amenaza de serios choques. Pero, finalmente, la comunidad del objetivo último supera todas las pequeñas dificultades; no pasa mucho tiempo hasta que los ruidosos y dispersos batallones se reúnen en una línea de combate firmemente estructurada, plena del brillo de las armas y de un silencio amenazador, cubierta por arrojados tiradores a su frente y por reservas inmovibles a sus espaldas.

El logro de este resultado, la unificación de estas diversas corporaciones independientes en un único ejército nacional de obreros con un programa común (por muy inmaduro que sea tal programa, con tal de que sea un auténtico programa de clase

de obreros), es el próximo gran paso que debe darse en Norteamérica. Nadie puede contribuir más al logro de ese objetivo ni a la confección del programa adecuado a tal objetivo que el Partido Obrero Socialista, con tal de que se decida a seguir la misma táctica que siguieron los socialistas europeos en la época en que sólo constituían una exigua minoría de la clase obrera. Esta táctica se expuso por vez primera en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1847 con las siguientes palabras:

“Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, *prácticamente*, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario. [...]

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir.”³

Ésta es la táctica que hemos seguido el gran fundador del socialismo moderno, Karl Marx, y con él yo y los socialistas de todas las naciones que trabajan con nosotros, desde hace más de cuarenta años, que nos ha llevado por doquier al triunfo y que ha logrado que hoy en día la masa de los socialistas europeos, tanto en Alemania como en Francia, en Bélgica y Holanda como en Suiza, en Dinamarca y Suecia como en España y Portugal, luche como un único gran ejército bajo una misma bandera.

FRIEDRICH ENGELS

London, 26 de enero de 1887

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

³ Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, en estas mismas [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels en español – EIS](#), páginas 31-32 y 44 del formato pdf.